

Cuando las normas brillan por su ausencia

Padres obedientes, hijos tiranos

Una profesora conversa con una madre mientras el niño, detrás de ellas, les hace burla. La madre dice: «Pero, por favor, qué le va a faltar a mi hijo si siempre ha tenido todo lo que ha querido». La profesora le contesta: «Bueno, tal vez necesite algunos límites». A lo que la madre responde: «No creo. Pero bueno, si necesita límites, ¡le compro límites!». Este chiste de Maitena plasma con humor la realidad de muchas familias en las que un adorable pequeño tirano impone su propia ley en casa y, si le dejan, también en el colegio. Son niños caprichosos, sin normas, que dan órdenes a los padres, organizan la vida familiar y chantajejan a todo aquel que intenta frenarlos.

Los psicólogos Evelyn Prado y Jesús Amaya hablan de la generación de los padres obedientes para explicar este fenómeno, que sería el producto de una serie de cambios de tipo cultural, social y familiar:

La generación silenciosa se formó con las personas nacidas entre 1935 y 1950. Vivieron una disciplina estricta en la que los hijos obedecían y respetaban a padres, abuelos y adultos en general sin discutir las normas. Había que cumplirlas porque así estaban establecidas (y punto).

La generación del «baby boom», por su parte, se refiere al conjunto de personas que nacieron entre 1951 y 1984. Era una época de transición, de cambio en los valores, de liberación y de compromiso. Pero eran hijos que, a pesar del espíritu de rebeldía de esta época, obedecían y respetaban a los adultos. Hoy en día forman la generación de los padres obedientes: cuando eran pequeños les tocó obedecer a sus padres, ahora que son adultos deben someterse a los caprichos de sus hijos.

La generación de hijos tiranos, por último, es la que surge a partir de 1985. Son niños que viven en familias pequeñas (muchas veces son hijos únicos) y no siempre tradicionales (madres solteras, padres separados, diferentes nacionalidades, familias mixtas...) que no están dispuestos a obedecer así como así a los adultos. Sus padres no les quieren imponer reglas que los hagan sufrir, por lo que no les niegan ningún capricho. El resultado: niños que quieren ser constantemente el centro de atención, que desobedecen, desafían y no aceptan la frustración.

Es importante dejar claro que los niños tiranos son una minoría. Pero, en buena lógica, son los que más preocupan a la sociedad: si no se les pone límites a su dureza emocional se convertirán en adultos conflictivos que no sabrán adaptarse al mundo que les ha tocado vivir.

> PARA SABER MÁS

«El pequeño dictador». Javier Urra. Editorial La Esfera de los Libros.





VIVIR AL LÍMITE

EN BREVE

DECÁLOGO BÁSICO

Los tres primeros años en la educación de los niños son fundamentales para la formación de su personalidad. Por eso es importante establecer unas normas básicas que poco a poco se vayan convirtiendo en hábitos. Estas rutinas, además, permiten evitar el desgaste emocional que supone el conflicto constante entre padres e hijos que discuten por la comida, por la hora de irse a dormir o por el momento de ponerse a estudiar. Unas normas adecuadas para los primeros años podrían ser estas:

1. Obedecer
2. No pegar
3. No mentir
4. No contestar con malos modos
5. No gritar al enfadarse (prohibidas las rabietas)
6. No interrumpir a los mayores cuando están hablando
7. No romper ni estropear cosas de casa o del colegio
8. No quitar cosas a los hermanos o compañeros
9. Respetar los horarios de comida, cena, estudio, juego, dormir
10. No amenazar ni chantajear a los padres (con marcharse de casa, con portarse peor...).

Nada desconcierta más a los niños que la ausencia de normas. Hoy en día todos los profesionales de la educación coinciden en que esos límites son los que les ofrecen la seguridad, el bienestar y el aprendizaje que cualquier ser humano para lograr un desarrollo completo.

Pedreira Massa, presidente de la Sociedad Española de Psiquiatría Infantil, aplica este mismo principio al método que bautizó con el nombre de las tres C. Y lo explica así: «La primera C es coherencia, que significa no llevarnos la contraria a nosotros mismos y tener siempre el mismo criterio. La segunda C es consistencia: el sí es sí y el no es no. Y la tercera es la continuidad, lo que significa ser coherente y consistente de forma permanente».

En el siguiente cuadro se recogen las diferencias entre establecer o no un estilo educativo basado en el cumplimiento de unas normas básicas o con ausencia de ellas:

	¿CÓMO SON?	¿QUÉ PRODUCEN?	¿QUÉ ENSEÑAN?
LÍMITES BLANDOS O AUSENCIA DE NORMAS	<ul style="list-style-type: none"> • Las normas no están claras, a veces cambian. • Se envían dobles mensajes: «sí, pero no». • El incumplimiento de normas no tiene consecuencias (o sí, depende del día). • A veces se cuentan mentiras para lograr la conducta deseada. • Hay muchas amenazas y gritos pero al final los castigos se levantan. • Se dice a todo que sí. 	<ul style="list-style-type: none"> • Desobediencia. • Lucha de poder («yo tengo el mismo derecho que tú...»). • Falta de respeto. • Se traspasan los límites. 	<p>Los niños piensan:</p> <ul style="list-style-type: none"> • «No» significa «sí» o «quizá». • En realidad mis padres no esperan que cumpla las normas. • Las normas no son para mí. • Los adultos son los responsables de mis actos. • Mis padres no son consecuentes con lo que predicán.
LÍMITES FIRMES, NORMAS CLARAS	<ul style="list-style-type: none"> • Hay indicaciones claras y directas hacia conductas concretas. • Se exige obediencia. • Se otorga responsabilidad. • Se informa con claridad de las consecuencias de una u otra conducta (de obedecer o desobedecer). • Las palabras se apoyan en la acción (si se prometió un premio o un castigo, se cumple). 	<ul style="list-style-type: none"> • Cooperación. • Comprensión de las normas. • Respeto a las palabras de los padres. • Aumenta el cumplimiento de las normas. 	<ul style="list-style-type: none"> • Cooperación. • Comprensión de las normas. • Respeto a las palabras de los padres. • Aumenta el cumplimiento de las normas.